

estados sobrenaturales, por milagros, por instituciones y beneficios que han podido atraerles la admiracion y el reconocimiento de los pueblos, hasta hacerles levantar estatuas en nuestras plazas públicas, así como en nuestros altares; su vida es un conjunto de *hechos personales* de que se apodera la gloria humana y que la religion se vé frecuentemente obligada á disputarles. En la Santísima Virgen no sucede nada de todo esto. Maria no ha dicho nada ni hecho nada segun se nos objeta, y lo profesamos para la gloria suprema de esta Santa Virgen. Lo que la distingue eminentemente, es que nada la distingue sino Dios. Los hechos de su vida no deben buscarse en lo histórico, en los *Actos*; esa vida está toda sellada en los misterios de Cristo: forma parte de ellos y se refiere inmediatamente á ellos, reportando de aquí toda su grandeza, así como toda su independencia. Maria es puramente la Madre de Dios. Consagrada toda ella á este religioso ministerio, no es por sí misma nada mas que humildad, silencio, adoracion, consagracion virginal y maternal al Hombre Dios; á la manera de un reverbero cuya calidad bruñida y libre de toda aspereza, solo recibe y reconcentra la luz para reflejarla y devolverla con mas brillo. ¡Cosa admirable! Así como el Hijo de Dios refleja en su estado de anonadamiento y de víctima la Magestad del Padre, así la Madre de Dios refleja en su estado de eclipse y de adoracion la Magestad del Hijo. Mostrándose su primera adoradora y servidora, imprime en nosotros estos sentimientos desde la elevacion de su dignidad de Madre y de Virgen. No hay duda que en el sentido cristiano lo que la eleva á ella misma sobre los Angeles, es este oscurecimiento y esta humildad en tal grandeza; pero tambien es esto lo que en una elevacion tan prodigiosa salva su culto de todo accidente posible de idolatria, ó mas bien lo que hace de él un culto piadoso.

Por este primer carácter de ser un culto esencialmente *relativo* el culto de Maria, entra en el de todos los demás Santos, en su grado mas elevado.

El culto de Maria es tambien *comun* con el de los demás Santos, hemos dicho, por un segundo carácter, á saber: porque en ella, así como en ellos, la grandeza no es mas que el privilegio de la santidad.

Ya hemos desenvuelto esta doctrina en la segunda parte de esta obra, con ocasion de aquellas palabras del Salvador en contestacion á la mujer que preconizaba el seno que le habia llevado y los pechos que le habian amamantado: *Bienaventurados MAS BIEN los que escuchan la palabra de Dios y la guardan*; y de esta otra espresion: *QUIEN QUIERA que hace la voluntad de Dios y oye y guarda su palabra, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre*. Sin reproducir aquí un estudio que se ha presentado ya ó que puede volver á leerse, sacaremos de él esta aplicacion á nuestro actual estudio, á saber: que lo que honramos en Maria es la misma gracia y la misma santidad que es objeto de nuestro culto en los demás Santos. Este es el título, y no otro, por el cual es glorificada. Seguramente que no deja de contribuir su incomparable dignidad de Madre de Dios, como ya hemos dicho, á su beatitud y á su gloria, y de elevarla á un rango único; ¿pero cómo? En las gracias correspondientes, en las gracias extraordinarias, que le ha valido esta dignidad, y cuya medida ha llenado por su fidelidad y su santidad, en lo que ha realizado en Maternidad el precio de su humildad. De suerte que lo que reverenciamos en su elevacion es la base comun de toda elevacion, la humildad, la santidad. Elevacion prodigiosa en Maria, porque ha sido prodigiosa su humildad, puesto que solo fué en razon de esta elevacion. Maria ha sido como el hijo de un gran monarca, predestinado á los mas altos esplendores del trono entre todos los demás súbditos de su padre, pero á quien este ha querido hacer ganar todos los grados de su elevacion, poniéndole en el último lugar, donde se ha mostrado el primero en sumision, en fidelidad, en valentia, en todos los méritos de la adhesion y de la subordinacion; méritos evidentemente tanto mas grandes, cuanto que eran mas humildes, tanto mas humildes, cuanto que estaban asociados á un destino mas grande; de suerte que cuando le manifiesta este destino, no tanto se glorifica el nacimiento de este príncipe, cuanto su mérito, ó mas bien su nacimiento, purificado por su mérito. He aquí lo que glorificamos en Maria.

Vése, pues, que lo que glorificamos en los demás Santos, es lo que proporcionalmente puede glorificarse en cada uno de

nosotros. Cada uno de nosotros es como el simple soldado que, segun la espresion de un rey de Francia, lleva un baston de mando en su mochila. En nuestra condicion de cristianos, llevamos tambien una corona, un reino. Este reino sufre violencia, pero nos está prometido; á nosotros nos toca rescatarlo. Asi María lo ha rescatado por un camino que nos dejó abierto. Nosotros corremos la misma fortuna. La ley por la que Dios haciéndole justicia, Dios ha levantado las humillaciones voluntarias de su humildad, no ha sido una ley particular para ella, sino una ley universal para todos los hombres: QUIEN QUIERA que se humille, será exaltado.—QUIEN QUIERA que cumpla la voluntad de Dios y guarde su palabra, este es... MI MADRE.

Así, lo que honramos en María es el cristiano glorificado, elevado á la cima de su destino; es una elevacion proporcionalmente comun á todos los cristianos, á la humanidad, á la creacion. Lejos de estar celosos y disgustados de su gloria, debemos preconizarla á porfia como la de nuestra raza; debemos celebrarla como celebraba la nacion judía á Judit, cantando en torno suyo: «Vos sois la gloria de Jerusalem; vos sois la alegría de Israel; vos sois la honra de nuestro pueblo (1).»

La gloria que nos ha traído la Encarnacion del Verbo, nótese bien este resúmen, consiste en la elevacion del hombre por la humillacion ó descenso de Dios. En Jesucristo tenemos la humillacion ó descenso de Dios; pero no tenemos propiamente la elevacion del hombre, en el sentido de que no tomó el Hijo de Dios mas que la naturaleza, y no una persona humana, y que lo que es el sugeto de la elevacion es la persona. Así, no tomó nuestra naturaleza mas que para comunicar á nuestras personas la santidad y la gloria que le confirió, y la asuncion de la humanidad consiste propiamente en esta comunicacion personal. Ahora bien, en María y por María tuvo lugar primeramente esta comunicacion que se nos distribuyó despues. En ella se operó de un modo superior la Asuncion de la humanidad que corresponde á la Encarnacion del Verbo. Por ella quiso Dios reunir el mundo inferior al mundo supe-

(1) Judit, XV, 10.

rior, así como quiso unir por medio de Jesucristo el mundo superior al mundo inferior. Por aquí podemos medir la grandeza de María, ya de parte de Dios, ya de parte de las criaturas. De parte de estas, ella es la primera, porque no es Dios el primero: decir esto, seria una blasfemia, puesto que seria clasificarlo entre los séres contingentes. No lo es tampoco Jesucristo, porque, á menos de incurrir en el Arrianismo, debemos adorar en El al mismo Dios, no siendo el primero sino por asimilacion á nuestra naturaleza. Pero María es realmente la *primera de las criaturas*, y en un grado que escluye toda aproximacion. En esta elevacion nunca será demasiado honrada, puesto que es la primera. Tampoco no podrá llegar á ser nunca objeto de idolatría, porque no es mas que la *primera*, y aun la primera, porque fué colocada la *última*.

Para volver á la figura, ó mas bien á la mística verdad de este *cuerpo* de la Iglesia universal, cuyos miembros los forman los escogidos y Jesucristo su Cabeza, *de la que adquiere el cuerpo su consistencia y su crecimiento por los ligamentos y coyunturas*, debe decirse, que en esta estructura maravillosa, es María el culto que soporta la cabeza que le está unida inmediatamente y con ella todas las demás partes. Es propio á María el honor de esta relacion inmediata; pero por ella llega este á ser comun, por ella son glorificados todos los miembros inferiores, y el cuerpo entero, la Iglesia, el mundo, sube á unirse á su cabeza para glorificar por esta á su Autor y que esta le beatifique.

Y ahora, ¿cómo no habia de ser glorificada y beatificada aquella por quien es todo glorificado y beatificado?

Y si ella debe serlo, ¿cómo lo seria de otra suerte que en proporcion á su dignidad y á la funcion que ejerce?

Y si debe serlo en esta proporcion, ¿cómo podria serlo demasiado? ¿Cómo podria serlo bastante?

IV. Porque, en fin, los que temeis siempre esceder la medida del honor que se debe á María, vosotros no la honrareis jamás tanto como Dios, cuyo juicio, que debe ser la norma de todos los nuestros, la honra, haciéndola entre todas las criaturas celestes y terrestres su Madre, su templo y la operaria

de sus designios. No le tributareis jamás un culto que se aproxime, no digo al que le han tributado en todo tiempo los justos, los Doctores, los Padres, los Apóstoles, los Profetas, los Patriarcas, Santa Isabel, el Arcángel, los mas sublimes espíritus del cielo y de la tierra, sino el que le ha tributado el Hijo de Dios en persona, cuando de concierto con el Padre y el Espíritu Santo, la predestinó por toda la eternidad á su union con el mundo; cuando la preservó entre todos los hijos de Adán del pecado original; cuando dejó pendiente de su consentimiento la grande obra de la Encarnacion, en relacion á la cual hizo la de la creacion; cuando fué concebido divinamente en su seno á la vida humana, y no formó con ella mas que una misma carne, y nació de ella sin quebrantar su virginidad; cuando honró su maternidad por la sumision prolongada de su infancia, de su juventud y de su virilidad; y en fin, cuando muriendo por vosotros, la asoció á todos sus padecimientos para asociarla á todos sus derechos sobre nuestros corazones, y que consagrada enteramente por esta divina participacion, hizo de ella vuestra Madre, así como lo era suya, legándoos el tributo de este mismo culto filial que El le habia rendido.

Como podreis, despues de esto, declinar una obligacion que El mismo, no obstante ser Dios, cumplió tan fielmente, y cuyo precepto formal os legó con el ejemplo: *¡He aquí vuestra Madre!* Ella lo es mia, y bajo este título, tiene derecho á todos los honores de parte vuestra; mas para que no pudiérais dudar de ello, yo la hago *vuestra*, como lo fué, en efecto, concibiéndoos á mi vida por su compasion en mi muerte; yo os constituyo *Hijo suyo*, y fundo de esta suerte el culto que le debéis por siempre.

Este culto de honor es por esto superiormente un culto de caridad. Lo es ya por lo que tiene de comun con el de los demás Santos, como lo hemos visto al fin del párrafo anterior; pero en lo que le es propio, lo es mucho mas; porque no es solamente un culto de caridad fraternal, sino un culto de amor filial.

Un culto de amor filial para nuestra Madre, para la Madre de Jesus, nuestro Dios.

Para nuestra Madre, título sagrado que está inscrito en el de nuestra dignidad de hermanos de Jesucristo y de hijos de Dios; que está escrito, sobre todo, al pié de la Cruz, y que nos liga con ella por todos los sentimientos de piedad, de ternura, de reconocimiento, de confianza y de abandono filial que ha puesto Dios entre el Hijo y la Madre, elevados á la altura de tal Madre, y del Dios que quiso, El primero, ser su Hijo.

Culto de amor filial hácia la Madre de este Dios, como tal; carácter del culto de María, que es su fundamento, su resumen, su correctivo. Reverenciar y amar á María como *Madre de Dios*, no solamente no es disminuir el culto de Dios de este culto de María, como se pretende desconociendo de un modo extraño el corazon humano, sino que es evidentemente acrecentarlo; es honrar y amar á Jesus con un culto mas estenso, mas profundo, mas humilde y mas delicado. Porque, en fin, honrar á una persona á causa de otra, es honrar tanto mas á esta. Jesus es tanto mas honrado, cuanto mas honrada es su *Madre por El*. Así, pues, todo el honor que tributamos á la Madre, refluye sobre el Hijo que se lo procura (1). De donde debe deducirse, que no es posible que haya exageracion en cierto modo en el culto de María, mientras no se le honra á causa de ella misma, sino á causa de su Hijo; porque lo que no le correspondiera á ella por sí, le corresponderia á este Hijo, por quien se lo dirigimos (2). ¡Y cuánto mas estenso y elevado no es este modo de honrar al Hijo, precisamente porque es indirecto y que parte de mas lejos! Así es que la mujer del Evangelio, propomándose solo elogiar á Jesucristo, no encuentra modo mas espresivo y mas solemne que el de exaltar el seno que le llevó y los pechos que le amamantarón: *Beatus venter qui te portavit, et ubera quæ suxisti*. Manera, en fin, de honrar y de amar á Jesus mas tierna y mas delicada, y sobre todo, mas humilde y mas penetrada de fé, como la de aquella otra pobre mujer del Evangelio, que atacada de un mal que habia apura-

(1) Omnis honor impensus Matri redundat in Filium. San Gerónimo.

(2) Sit Mariæ non congruit, congruat Filio quem genuit. San Agustin.

do todo el arte de los médicos, devoró toda su fortuna en medicamentos, y no hizo mas que agravarla, y que habiendo oido hablar de Jesus, se llegó á la muchedumbre que le rodeaba, y acercándose á El por detrás tocó su vestidura, diciendo: «Si puedo tocar siquiera la orla de su vestidura, quedaré curada;» y lo fué, en efecto, en el mismo instante por una virtud que salió de Jesus, el cual, volviéndose hácia esta mujer, que estaba sobrecogida toda de terror, le dijo: «Hija mia, tu fé te ha sanado; vete en paz, y quedas libre de tu azote (1).» Y esta manera de testificar la fé en Jesus y de experimentar las gracias, se practicaba generalmente por todos los enfermos que se hacían llevar á su paso, donde quiera que entrase, dice el Evangelio, y le rogaban que les permitiera tocar solamente el borde de su vestidura, quedando súbitamente curados.

Así, por el culto de María, que es como la vestidura de Jesus, tocamos esta de un modo mas delicado, mas humilde, y por ello tambien mas eficaz.

Todas estas razones de honrar á María, que no hemos podido hacer mas que indicar, y otras muchas que hemos debido dejar á la meditacion del lector, animan su culto, atraen la muchedumbre al pié de sus altares, al mismo tiempo que hacen de este culto la predileccion de los entendimientos mas elevados y de las almas mas tiernas. Los tiempos se suceden con vicisitudes espantosas; las opiniones, las costumbres, las instituciones, los imperios, las sociedades se desploman y se renuevan; conmueven los cimientos de la tierra, y arrastrados sus habitantes por un movimiento mas y mas rápido, corren hácia un porvenir desconocido; pero el culto de María permanece, sobrevive y se agranda sobre todas estas agitaciones, y cada generacion la proclama al pasar *Bienaventurada*.

María vive en el grado mas superior en este culto, en esta beatificacion incesante y universal que sube de la tierra al cielo, donde recibe su homenaje con el de todos los Angeles y de todos los Santos. Ella vive tanto mas así desde lo alto de su gloria, cuanto que aun del fondo de su humildad tenia la

(1) Marc. v. 25--34.

conciencia de este incomparable destino y lo profetizaba, viéndose aclamada Bienaventurada por todas las generaciones que debían sucederse: *Beatam me dicent omnes generationes*. Vivía anticipadamente en esta vida de gloria, cuyo cumplimiento de la profecía no hacia mas que realizar. Y así como vivía en ella antes del cumplimiento de la profecía, así vive tambien en ella despues de la profecía en el cumplimiento; siendo uno y otra el efecto de un mismo espíritu, de un mismo raptó, de una misma vida.

Y ¿cuál no será el poder y el soplo de este Espíritu de Dios que impulsa, que lleva á los humanos á este culto filial hácia María, para que le haya obedecido un dia la boca mas enemiga, por estas memorables palabras que nos complacemos en repetir?

«No solamente con la lengua y las palabras debe rendirse honor, ó con genuflexiones y postraciones, ó erigiéndole estatuas é imágenes, ó edificándole templos, cosas todas que hacen hasta los impíos; sino digámoslo con todas las fuerzas de nuestro sér, del fondo del alma, de pensamiento ó de palabra, en verdad y ante Dios: ¡OH BIENAVENTURADA VIRGEN (1)!»

Tomemos acta de este raptó de Lutero á favor del culto de María, y hagamos de él la justa aplicacion de esta antigua decision de la Iglesia.

Si alguno rehusare proclamar Bienaventurada sobre todas las criaturas y toda la naturaleza humana, á escepcion de aquel que quiso tomar esta naturaleza en su seno, á la venerable y siempre Virgen Madre de Nuestro Señor, si alguno rehusare honrarla y reverenciarla, sea anatematizado (2).

(1) MARTINI LUTHERI *super Divæ Virginis Mariæ canticum commentaris*. Oper., t. V., pág. 85. Witteberga, 1554.

(2) Quisquis Beatam superoniam creaturam et naturam humanam, absque eo qui gentus est, ex ea venerabilem semperque Virginum, Matrem scilicet Domini nostri non honorat, atque adorat, anathema sit.—In-collectanis Anastasii Bibliothecari de Exilio 5. Martini Papa, p. 73.